

glos XII y XIII) Burgos, la antigua capital de Castilla, creyéndose que algunos de los poemas de la época (el del Cid, v. gr.) son refundición de cantares populares anteriores. No se han conservado más que algunos de éstos embebidos en la prosa de obras posteriores, como la *Crónica general* (§ 532). Es dato curioso el de que, probablemente, muchos de estos cantares expresan la oposición, tantas veces revelada en la historia política, entre Castilla (cuna de ellos) y León, reveladora á su vez de la rivalidad étnica entre el elemento gallego y el castellano. El origen, no obstante, de esta literatura es francés. Trajéronla consigo los caballeros y cluniacenses venidos en gran número en el siglo XI con sus cantores (*trovadores y juglares*) y cuentistas. El primer trovador, Marcabré, es del tiempo de Alfonso VII (1126-57), y uno de los más célebres, Vidal de Besalú, figura en la corte de Alfonso VIII. A menudo estos cantores (en que había, como es natural, sus clases y grados más ó menos humildes) iban de pueblo en pueblo y de castillo en castillo, recitando versos al compás de instrumentos de cuerda. Ellos fueron los propagadores y los autores, en muchos casos, de este género de poesía, en la cual influyó desde muy temprano, como es natural, la francesa de igual carácter, cuyas obras principales estaban divulgadas desde el siglo XI en España y eran muy gustadas de los caballeros y monjes franceses ó afrancesados de las cortes de Alfonso VI, Doña Urraca y Alfonso VII; mas parece que esta influencia se ejerció únicamente sobre la forma y no sobre el espíritu y cualidades esenciales de la poesía castellana, pues los asuntos de ésta, aunque son con frecuencia imitación de los franceses, muestran en su mayoría un profundo sentido nacional, incluso de protesta contra el elemento extranjero; y los metros, aunque revelan en algunas de sus formas la influencia de los franceses (más perfectos entonces), se separan bastante de ellos y concluyen por adoptar el tipo octosílabo (en versos partidos; de diez y seis sílabas) que es el genuinamente nacional, dejando el francés alejandrino (de catorce) á la poesía erudita. A la vez, parece que hubo cierta influencia española en la literatura francesa, desde el siglo XI.

De la poesía heroica castellana no han llegado á nosotros los cantares populares primitivos, pero sí poemas de mayor artificio

y extensión, de asunto caballeresco, á los que se llamaban entonces *romances*, y así llama al suyo el autor del Poema del Cid. La aplicación de este nombre á las composiciones cortas (cantares) no consta hasta el siglo XV. Conocemos hoy dos obras principales conservadas, pero no completas, en su forma primitiva ó en una muy aproximada á ella: tales son el *Poema del Cid* ó *Gesta del mío Cid* y la *Crónica de sus mocedades*, ó *cantar de gesta de Rodrigo*. Ambos, como indica su título, relatan hechos de la vida del Cid, mezclando la leyenda con la historia (§ 229), pero reflejando intenciones políticas seguramente poco conformes á la realidad de la época en que vivió el Cid y al carácter de los actos de su vida. El Poema parece ser de mediados del siglo XII, y es menos legendario y falso que el *Cantar de Rodrigo*, de fecha posterior probablemente, y refundido en el siglo XIV. De otros cantares de gestas sólo conocemos resúmenes en prosa asonantada, conservados en la *Crónica general* de tiempo de Alfonso X. La influencia francesa revelase con gran fuerza en varios otros poemas del siglo XIII, de asunto religioso ó moral, *Vida de Santa María Egipcíaca*, *El Libro de los tres Reis d'Orient*, la *Disputación del alma y el cuerpo* y el *Debate entre el agua y el vino*, versiones de obras francesas hechas con gran servilismo.

Corresponde también á este período la primera muestra castellana de poesía dramática, el *Misterio de los Reyes Magos* (fines del siglo XIII), obra de poeta erudito, arreglo de otra latina francesa y notable por la variedad de sus metros, que inicia la tendencia polimétrica característica de nuestro teatro.

La forma de éste en la primera mitad de la Edad Media, perdida la tradición clásica (en parte continuada en la época visigoda) se amoldaba al carácter y tendencias de las corrientes literarias y sociales, manifestándose en dos géneros: el religioso y el popular. El primero estaba ligado á las grandes festividades de la Iglesia, y en especial á la de Navidad, con cuyo motivo se celebraban en los templos representaciones (*misterios*) de asuntos de historia sagrada en que tomaban parte los canónigos, monaguillos y el pueblo, con música y baile. A este género, que los cluniacenses desarrollaron mucho, pertenece el citado poema de los *Reyes Magos*. El segundo género, consistente en represen-

taciones muy rudimentarias. que hacían los *juglares* en las calles y en los castillos, tenía asunto profano y generalmente satírico y de gran libertad de expresión, del cual no nos quedan muestras correspondientes á este período. Ambos géneros no estaban radicalmente separados, pues también en las iglesias se celebraban á veces farsas burlescas más profanas que religiosas, el día de Inocentes, por ejemplo; y sin duda la libertad de lenguaje y maneras debió contaminar al teatro litúrgico, puesto que á mediados del siglo XIII (y comienzos del siguiente período) hubo que dictar disposiciones legales para corregir las «muchas villanías y desaposturas» indignas de la casa del Señor que se cometían. El porvenir del teatro nacional estaba, sin embargo, en el género juglaresco, y ya veremos cómo se desarrolla en los siglos posteriores.

351. El mester de clerecía y la influencia provenzal.—

Con el siglo XIII comienza en Castilla una nueva escuela poética, muy diferente y aun contraria de la popular y heroica de gesta, con la cual coexistió, pero sin confundirse: la escuela llamada de *mester de clerecía*, erudita, pulcra, nacida en los monasterios y en las Universidades ó Estudios generales, especial de la clase que le dió origen y ligada á la influencia francesa. Caracterízase por los asuntos, generalmente religiosos, la cultura escolástica de que alardea, cierta madurez y corrección de las formas exteriores, conseguidas á fuerza de artificio, y una riqueza mayor de diccionario que la poesía juglaresca. El poeta que la representa de modo más brillante en este período es Gonzalo de Berceo, clérigo, nacido probablemente á fines del siglo XII y que vivió hasta bien entrado el XIII. Se conocen diez obras suyas (entre ellas tres himnos), todas de carácter religioso, en que expresa una dulzura grande de sentimiento. Sus asuntos son más bien legendarios que místicos, y como inspiración sus mejores versos hállanse en la *Vida de Santo Domingo de Silos*, la de *Santa Oria* y el *Duelo de la Virgen*. El metro usado por Berceo es el de catorce sílabas (*quaderna via*), formando cada copla de cuatro versos de rima igual, diferenciándose en esto de los poemas anteriores cuyo metro es de nueve sílabas, á partir de la *Vida de Santa María Egipcíaca*. De nueve sílabas es también un poema, *Razón feita de amor*, de

autor no seguro, notable por su delicadeza y sentimiento y educado seguramente en modelos extranjeros.

Contemporáneos de Berceo fueron el autor desconocido del *Libro de Apolonio*, que narra la leyenda bizantina del rey de Tiro é introduce en España la novela griega de amor y aventuras, tomándola de fuentes extrañas, latinas ó francesas; el de *Poema de Alexandre* (Juan Lorenzo de Segura, clérigo, según algunos autores; según otros, el mismo Berceo), voluminosa obra de gran aliento, primera tentativa en nuestra lengua de epopeya clásica y gran alarde de erudición enciclopédica. Su asunto es la vida de Alejandro Magno, pero mezclada con leyendas y cuadros de costumbres medioevales que hoy resultan de gran interés. El autor se apoyó en fuentes latinas y francesas, pero es original en los detalles. Un poco posterior á éste es otro poema de *clerecía* escrito probablemente por un monje de Arlanza, con todos los caracteres de obra erudita en el género del *Libro de Apolonio*, pero muy análogo, por el asunto y por cierto tono épico que adopta, á los cantares de gesta juglarescos. Refiérese este poema al conde *Fernán González* y es una narración de los hechos legendarios del famoso conde castellano, narración hecha indudablemente sobre tradiciones y documentos de origen popular y notable por el ímpetu bélico, el ardiente amor patrio á Castilla, no menos que por la erudición bíblica y los propósitos moralistas que á cada paso revela. Es por todo esto el *Fernán González* como punto de unión entre las dos escuelas, no sin daño de la juglaresca, pues á él se debe en gran parte, sin duda, la pérdida de las primitivas gestas del conde, obscurecidas por esta refundición erudita. Manifestación más pura del *mester de clerecía* es una relación en verso, de autor desconocido y fecha incierta, conocida con los nombres de *Poema* ó *Historia de Júsuf* ó de *José*. Tiene esta obra la particularidad de estar escrita en idioma castellano, pero con caracteres árabes, forma literaria propia de los mudéjares, que se llama *aljamia* y que, como veremos, tuvo otras manifestaciones importantes. El asunto de este *Poema* es la conocida historia bíblica de José y Putifar.

Al propio tiempo que se desarrollaba el *mester de clerecía*, empezaba á influir en España otra escuela poética extranjera:

la de los *trovadores* provenzales, ó sea de las regiones del Mediodía de Francia, Aquitania y Tolosa. Distínguese esta escuela por ser esencialmente lírica y erótica, cantora del amor, de la mujer, de la cortesía y caballerosidad, bastante fría y despreocupada en materia de fe, puramente erudita, ingeniosa y correcta. Por la relación estrecha que había entre Aragón, Cataluña y aquellas regiones (§ 247), influyó la poesía provenzal primeramente en estos países, siendo el primer trovador español Alfonso II de Aragón. De aquí pasó su influencia á Castilla, donde se hubo de señalar mucho en la lengua y en la literatura lírica en los siglos XII y XIII; á la vez que por Galicia se introducía también directamente, dando origen á una escuela especial (galaico-portuguesa) de poetas líricos, que florece en los siglos XIII y XIV y empezó á formarse á fines del XI, en aquel período en que Galicia desempeñó importante papel político en la historia de España, llevando la supremacía en los reinos unidos de León y Castilla (§ 231-33) y procurando—por la gran fama del santuario de Compostela, que atraía innumerables peregrinos—la comunicación con el resto del mundo europeo y la difusión en la Península de la ciencia escolástica y romanista y de las formas nuevas de poesía. La escuela gallega tuvo de original el unir á la corriente genuinamente erudita de la forma provenzal, otra popular, imitada por los trovadores (á ejemplo de lo que hacían los juglares) de los propios cantares populares de la región, cuyo origen se desconoce hoy, pero se sospecha sea céltico. Esta poesía lírica, «de rara ingenuidad y belleza», como dice un crítico, llenó los siglos XIII y XIV siguiendo la preponderancia de la total escuela galaica que se impone en Castilla, haciendo que los más de los poetas escriban en gallego y llegando á una perfección que la propia poesía castellana no alcanzó hasta el siglo XV. Expresa esta poesía principalmente conceptos de amor y escenas de vida rural y marítima. Abundan también en ella las composiciones satíricas y licenciosas.

La influencia de los provenzales se acentuó más aún cuando, triunfante la cruzada de Simón de Monfort contra los albigenses y perseguida la nobleza provenzal, los trovadores se desparramaron por la Península, acudiendo á las cortes de los

reyes y promoviendo el desarrollo literario de que nos ocuparemos en el período siguiente.

353. La literatura histórica y científica.—Ya hemos hecho antes alguna indicación acerca de la gran importancia que adquirió en este período la literatura histórica, sobrepujando á la de otros países europeos, no obstante las influencias extranjeras de que en parte deriva. Las crónicas del siglo XII, de Pelayo de Oviedo, el Silense, la de Alfonso VII, la *Historia compostelana* y otras, escritas en latín ó en romance, expresan un adelanto literario notable en el modo de componer la historia, reflejando alguna de ellas, como la *Compostelana*, la influencia francesa de los cluniacenses. Los dos principales cultivadores del género son el arzobispo de Toledo Don Rodrigo Jiménez de Rada y el obispo de Tuy Don Lucas. Don Rodrigo era natural de Puente la Reina (Navarra), donde nació en 1170. Estudió, como ya sabemos, en París, y de vuelta en España fué elegido obispo de Osuna primero, y arzobispo de Toledo después (1208). La obra de Don Rodrigo consistió en ordenar y concertar la antigua literatura histórica (de los cronicones), sometiendo á sistema la narración y adornándola de aquellas excelencias eruditas y literarias que su cultura clásica le permitía ampliamente. Es, con esto, el fundador de la historia patria, sin que deba entenderse que sus libros encierran todas las cualidades exigidas á los de su género, ni aun que se hallen exentos de leyendas, errores y faltas de crítica. Escribió Don Rodrigo en latín un *Breviario de la Historia Católica*, la *Historia de los Ostrogodos*, *Hunos*, *Vándalos* y *Suevos*, otra de los árabes y la *Historia Gothica*, su libro más importante, que comprende hasta la muerte de Alfonso VIII y que el propio autor tradujo al romance.

Don Lucas de Tuy le es inferior en sus escritos, no obstante que, como Don Rodrigo, estudió en el extranjero, viajando por Italia, Palestina y otros lugares orientales. Sus libros, el de las *Crónicas (Chronicon mundi)*, terminado en 1236) y la *Vida de San Isidoro* adolecen de graves defectos de método y crítica siendo el primero pura compilación poco escrupulosa de crónicas antiguas. Fueron, no obstante, muy populares, y á fines del siglo XIII se habían traducido ya al romance. Tanto

uno como otro, pero especialmente Don Rodrigo, ejercieron notable influjo sobre la literatura castellana.

En otros órdenes más científicos, no ofrece grandes nombres Castilla de los siglos xi al xiii. Los estudiosos, ó dependían de la ciencia árabe ó de la europea, que brillaba en París y Boloña. Así, los dos escritores más conocidos del siglo xii, Gundisalvo y Juan Hispalense, son principalmente traductores, «intérpretes de todo el saber filosófico de los orientales», y pertenecen á una escuela ó núcleo de traductores de libros árabes que empieza en el reinado de Alfonso VI y llega á su apogeo en el de Alfonso VII (1130 á 1150), el cual acogió en su corte á los rabinos expulsados por los almohades (§ 270), que trajeron consigo no pocas influencias árabes y jugaron gran papel en las traducciones. No quiere esto decir que no se hicieran antes versiones de la literatura arábica; pero eran pocas y reducidas á libros de matemáticas, medicina y otras ciencias concretas. La escuela de Toledo, por el contrario, traduce principalmente libros de filosofía, y hace de esto un empeño especial; y tales traducciones que se esparcieron bien pronto por Europa, atrajeron en primer término á muchos sabios, admirados de aquellas doctrinas en que se reflejaban (aunque imperfectamente) ideas de autores griegos no conocidos aún directamente en Europa; sabios que hicieron por cuenta propia ó mandaron traducir (á judíos y mudéjares) nuevos libros. De estos extranjeros fueron los ingleses Roberto de Rétines, arcediano, y Daniel de Morlay; Hermán el Dálmata; Hermán el Alemán; Gerardo de Cremona célebre erudito italiano, y el famoso filósofo Miguel Scoto (principios del xiii). Así se tradujeron las obras de Avicena, Algazali, Avicebrón, Tolomeo, Abubeker Abul-Cásim, Averroes Alpetrochi y otros. De los dos principales traductores españoles ya nombrados (protegidos por el arzobispo Don Rodrigo, que debió ser entusiasta de este movimiento científico, y á quien dedican ellos las traducciones), Gundisalvo, educado en la escuela de Ben Gabirol, era arcediano de Segovia y vertió al latín las obras de aquél, ayudado por Juan Hispalense ó de Sevilla, judío converso conocedor del árabe, que le iba dictando *en romance* la versión. Gundisalvo fué autor también de un tratado original *De processione mundi*, que

reproduce las ideas de la *Fuente de la vida*. Juan Hispalense contemporáneo de Alfonso VII, se distinguió como matemático, siendo el primer escritor de álgebra en latín, y traduciendo libros de física, astronomía, astrología, etc. Al cabo, estas traducciones, y los viajes de sabios extranjeros, hubieron de producir una influencia grave, en sentido panteísta, de la filosofía oriental sobre la europea de Amalarico y otros autores.

Al final de este período, en el reinado de Fernando III, se inicia un movimiento de literatura política moral en romance, reflejo también (y aun muchas veces traducción) de fuentes musulmanas y orientales, al cual pertenecen obras como el *Libro de los doce sabios*, las *Flores de Philosophia*, el *Libro de los buenos proverbios*, *Poridat de Poridades* y los de cuentos ó apólogos titulados *Kalila y Dina* y *Sendebat*.

353. La arquitectura románica.—Hemos visto ya (§ 207) el camino decadente que la arquitectura clásica, modificada por los visigodos, tomó en los reinos cristianos durante los primeros siglos. Desde el xi, esta evolución adquiere caracteres especiales que la determinan en un género propio (llamado por los autores *románico*, y también con error, *bizantino*), sin dejar de ser en el fondo una transformación de la arquitectura clásica, que ocupa, respecto de ésta—como dice un autor,—el mismo lugar que las lenguas romances respecto del latín. La misma heterogeneidad de elementos que se notan en el romance, nótese en la arquitectura cristiana de los siglos xi y xii. Se conservan unas veces las proporciones clásicas, la planta rectangular latina y otros recuerdos de lo romano; pero, á menudo, se les sustituye con plantas de diversa forma, ábsides redondeados por fuera, arcos de varios tipos (medio punto, lobulados, peraltados, siguiendo en esto la variedad que ya usaban los árabes), cúpulas sobre pechinas ó sobre trompas, diversidad de capiteles acusando influencias bizantinas, germanas, italianas, árabes y francesas, ya locales, ya generales, sobre un elemento ó varios de la construcción ó decoración. Créese que la invasión y establecimiento de los normandos en Europa, fué una de las principales causas de las novedades que presenta la arquitectura de estos tiempos, debiéndose á ellos la introducción, no sólo de motivos, sino de maneras de tratar la ornamentación

derivadas del arte escandinavo y muy diferentes de las que usaban los pueblos del S.

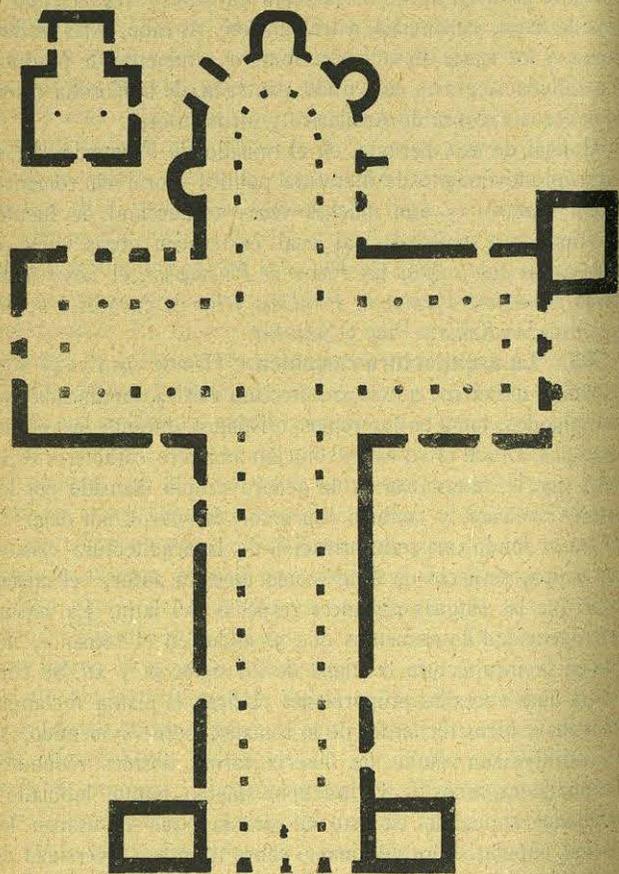


Fig. 98)—Plano antiguo de la catedral de Santiago. (Según Villaamil.)

La zona principal del románico español estuvo al N. del Tajo, señalándose el castellano-leonés, es decir, el de las regiones del C. y O. (á diferencia del aragonés catalán), por un predominio de formas robustas, proporciones pesadas y orna-

mentación muy tosca y profusa. Dentro de estas condiciones generales se observa gran variedad. Tomando por tipo las iglesias, que son el edificio principal en aquellos siglos, las hay de una nave y un solo ábside, como muchas de Asturias y la de la



Fig. 99.—Un ángulo del claustro románico de Santillana del Mar

Magdalena, de Zamora; de tres naves, siendo la central doble ancha que las laterales y varios ábsides, como Santiago de Galicia (el más hermoso monumento de España); de cúpulas sobre pechinas, al modo bizantino, pero por influencia directa del románico francés del Perigord, traído por los cluniacenses, como la Catedral Vieja de Salamanca, la de Zamora y la Cole-

giata de Toro; de plantas octogonales y circulares (llamadas éstas de Templarios), como la Vera-Cruz, de Segovia, y San Marcos, de Salamanca, etc. Es frecuente que las iglesias de estos tiempos tengan atrios adheridos, como los de Segovia;

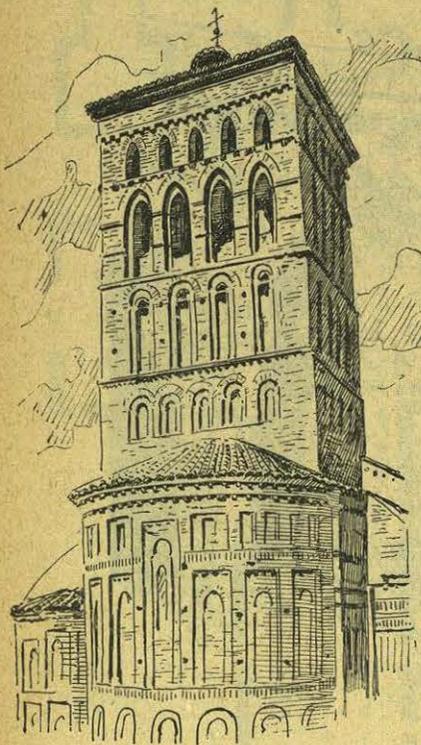


Fig. 100. — Torre de San Lorenzo, en Sahagún.

claustrós, como el famoso de Santillana del Mar y el de las Huelgas de Burgos; torres prismáticas y sin composición con el resto del edificio, como en Valladolid, Segovia, Oviedo y León, ó de ladrillo y forma piramidal, como en Sahagún; y triforios, ó sea galerías en lo alto de las naves laterales, como en Santiago y Lugo.

La manera de cubrir las iglesias tiene una importancia grande, porque de ella derivan muchas de las modificaciones que caracterizan el nuevo tipo arquitectónico. En los primeros siglos se habían conservado los techos de madera, como en las basílicas; pero, según ya dijimos, las invasiones de los normandos y las guerras continuas demostraron con evidencia el peligro que en esto había, dado que era muy fácil incendiar las iglesias. Entonces se pensó en cubrir de otro modo: con bóvedas, como los romanos y los árabes las habían usado, adelantándose en esto algunas localidades españolas (§ 207). Genera-

lizada la novedad, se originó en seguida la necesidad de modificar los muros, que si antes, para sostener techos de madera, no era preciso que tuviesen mucha fortaleza, ahora que sufrían grave peso con la bóveda debían aumentar en espesor y disminuir los huecos en ellos (ventanas). Se usaron varias formas de bóveda: la de *cañón seguido* ó semicircular, más fácil de construir, pero muy pesada; la *bóveda por arista*, que resulta de la intersección de dos semicilindros, más difícil, pero más ligera, y la

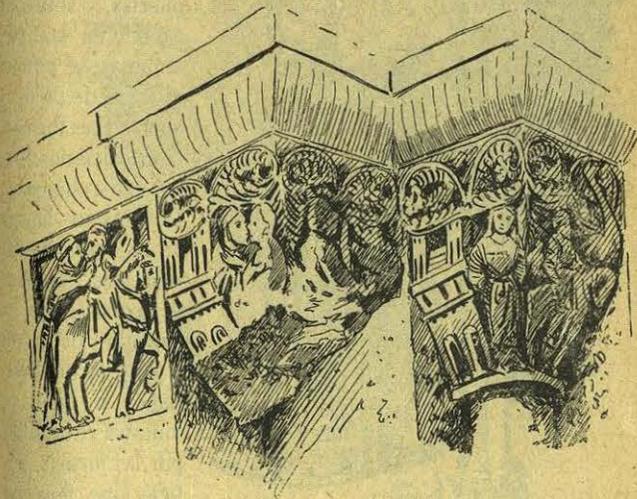


Fig. 101. — Capiteles románicos de la portada de San Pedro de Villanueva.

cupular. Para sostener las bóvedas agrandaron los pilares ó columnas, que afectan dos formas: cruciforme y cilíndrica, ó una y otra, alternadas, con arcos de varios tipos; y todavía, para mayor fuerza, se aplicaron por el exterior los *contrafuertes* ó pilares adosados al muro. Los capiteles de las columnas son variadísimos en un mismo templo, y aun en una misma parte de éste (el claustro, v. gr.), ya imitando los clásicos, ya adornándose con el lazo rúnico ó con motivos de flora (hoja de cardo, etc.) tratada con carácter oriental, en planos, á bisel, y con figuras humanas ó de animales extrañamente desfiguradas ó fantaseadas, elemento quizá septentrional ó escandinavo. Al exterior,

presentan las iglesias lujo de decoración en las *portadas*, multiplicando las archivoltas (es decir, la curva ó parte interna de la bóveda en que se abre la puerta y que contiene varios arcos) sobre columnitas delgadas, y ornamentándolas, ya con figuras

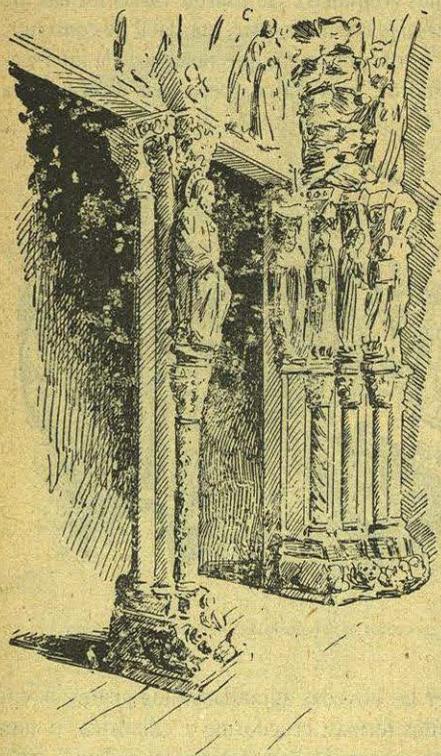


Fig. 102.—Un trozo del pórtico de la Gloria en la iglesia de Santiago de Compostela.

de hombres y animales, ya con motivos de follaje. En el tímpano de las puertas, y sobre el capitel de las columnitas, se ponen estatuas de piedra, que á veces forman composiciones histórico-religiosas. Lo mismo hacen en las ventanas. El tipo más hermoso de portada es el llamado Pórtico de la Gloria, de Santiago, si bien se muestra ya influido por las formas góticas que florecen en el XIII (§ 361). Ejemplos de románico más puro son las portadas del brazo S. de la misma catedral de Santiago y la de San

Isidoro, de León. Las ventanas adornábanse con vidrios que llevaban figuras de colores. Por bajo de los aleros salen las piedras (canes) que sustituyen á los modillones clásicos de las cubiertas y que se decoran también con figuras.

Aparte de la influencia francesa que ya hemos detallado, y de la bizantina, también indicada, la árabe se nota especialmente

en la construcción de cúpulas, como la de la Sala capitular de la catedral vieja de Salamanca, la de San Millán, de Córdoba, y otras muchas; y en los arcos lobulados, como en San Isidoro, de León.

La arquitectura románica militar y civil, menos importante que la religiosa, ha dejado no obstante en Castilla algunos mo-

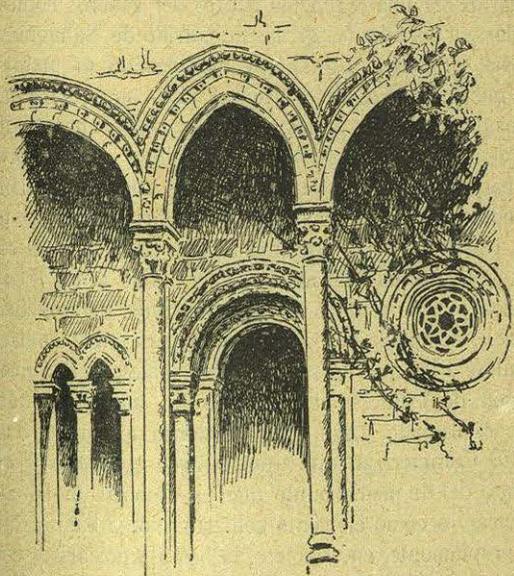


Fig. 103.—Galería del palacio de Carracedo, de fotografía. (Estado actual.)

numentos de interés, como el Palacio de Carracedo (provincia de León) y las murallas de Avila. En Carracedo son de notar la bóveda cupular de tipo lombardo; las pinturas sobre madera de la cámara llamada de Doña Sancha (probablemente mudéjares) y las losas perforadas de las ventanas, que recuerdan las de algunas iglesias más antiguas: v. gr. San Miguel de Lino (§ 207).

354. La arquitectura gótica.—El gran impulso que representa la arquitectura románica no se inmovilizó en las formas fundamentales de ésta, sino que siguió el proceso de su

desarrollo, determinando especialmente, de entre los muchos y heterogéneos elementos que la componen, algunos que habían de traer consigo un nuevo tipo arquitectural, característico de una época entera. Así, en monumentos originariamente románicos como la catedral de Santiago y otros (citados antes), se advierten ya formas que difieren de las propiamente románicas, sin dejar de ser una excepción dentro del género: como en las cubiertas; en las pilas (v. gr. las de ladrillo de Sahagún, las de Sandoval, Gradefes y otras), que modificando su planta cruciforme inician nuevos arcos transversales que se traducen en cambios de la bóveda; en los arcos (apuntados en vez de lobulados, de medio punto, etc.); en la escultura de las portadas y otros particulares; á tal punto, que los autores señalan todos estos edificios, en que hay signos desarrollados de un arte nuevo, con el apelativo «de transición», como si en el continuo mudar de las formas del arte no fuera todo pura y constante transición. Poco á poco estos elementos heterogéneos del puro estilo románico van adquiriendo más importancia, sobreponiéndose á los que antes eran principales, ó extremando la evolución de éstos, y al fin crean un nuevo tipo arquitectónico: el llamado *gótico*, que comienza á florecer en el siglo XIII. Caracterizan este tipo: el arco apuntado ú ojival, á diferencia del de medio punto que es esencial en la construcción románica como elemento constructivo, si bien el ojival no lo es, propiamente, en el gótico; la bóveda por arista empleada con nueva significación relativamente á la bóveda, y á la cual se subordina toda la construcción, elevando los arcos, acentuando el uso de transversales y modificando para esto la pila de que arrancan, en el sentido ya iniciado en Sahagún (§ 353); el contrafuerte, desarrollado de una manera grandiosa, menos grueso que antes, pero no adosado á los muros, sino independiente y unido á ellos por arcos que transmiten todo el empuje de la bóveda (originando lo que se llama *arbotante* ó *botarel*), y rematado por torrecillas muy adornadas (*pináculos*). Por consecuencia de todo esto, se produce la mayor elevación de las naves; el desarrollo de la ventanería en mayor grado que en la iglesia románica, puesto que, no siendo ya los muros quienes reciben el peso de la bóveda, se les puede alargar y perforar impunemente; el

cambio de cubiertas (agudas) cuya tapa exterior afecta en los muros formas angulares (*gabletes*), origen de los hastiales que luego coronan las portadas, y la transformación del ábside, que de circular se convierte en poligonal. Al mismo tiempo, se aumenta la decoración, tanto de los pórticos como de las ventanas, de las canales de agua, de los capiteles, etc., dando por

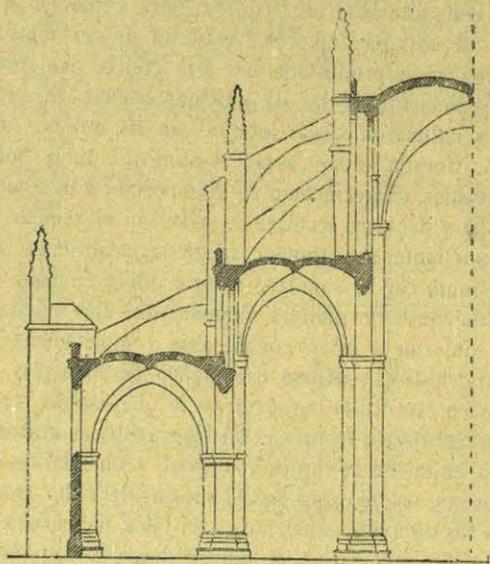


Fig. 104. — Sección transversal de la Catedral de Toledo para que se vea la armazón de contrafuertes y arbotantes en una iglesia gótica.

resultado edificios de gran elevación, ligereza y profusión ornamental. Las torres adquieren gran desarrollo y van unidas al edificio. La ornamentación es naturalista, de flora local fina (hojas de hiedra, de encina, etc.) que más tarde se cambia por otra de hojas carnosas y de malla (*crochets*), con gran desarrollo de la imaginaria en pórticos y ventanales. La planta es de una ó varias naves, con crucero que corta la nave principal y que va tendiendo á bajar hacia el centro de la iglesia (buscando la cruz griega), para dejar sitio al coro, que se coloca ante el ábside central, en cuyos muros, y los de los demás ábsides (cuando